

Nieves Herrero

CARMEN

El testimonio
novelado de la
hija de Franco.
Una mujer testigo
de la historia.



NOV  LA HISTÓRICA

Índice

Dedicatoria
Citas
Introducción

PRIMERA PARTE

1. La huida
2. El escondite francés
3. Un colegio para Teresa
4. El regreso
5. ¿Dónde está mi padre?
6. La mano de santa Teresa
7. El oro se va camino de Moscú
8. Términus, el sueño de Nenuca
9. Noviembre de luto y símbolos
10. Bocho llega al palacio de Muguero
11. La vida desde la ventana
12. El invierno más crudo
13. Una visita inesperada
14. Siempre quedará la duda
15. Una guerra que ya duraba demasiado
16. De Nenuca a Carmencita
17. Camino del palacio de El Pardo
18. Un viaje que podía no tener retorno
19. El hermetismo de Carmen Polo
20. El primer amor prohibido
21. Imposible ser una joven como las demás
22. Estreno de cine y funeral en El Pardo
23. «Ramón, voy a sustituirte»
24. La noche más esperada
25. Un ciclón con nombre de mujer: Evita

SEGUNDA PARTE

26. «Mi libertad»
27. «Aquí se hace lo que yo digo»

28. La naturaleza muerta
29. Segundo nacimiento en El Pardo
30. Un viaje de cuento
31. Dos bodas y un accidente mortal
32. Cristóbal, la cara de la fiesta
33. Un viaje que marca el destino
34. Una boda como preámbulo del mayor golpe al régimen
35. El principio del fin
36. Al paso de la Legión
37. ¡Cuánto cuesta morirse!
38. Los apellidos comienzan a pesar
39. 1977, *annus horribilis*
40. Todo se hacía cenizas
41. El infortunio se cebó con los Martínez-Bordiú Franco
42. Adiós a una época
43. Ya nada será igual
44. Años de amores y bodas

Epílogo. Con voz propia

Agradecimiento

Bibliografía

Créditos

A ti, que te empeñas en buscar la verdad.

«Siempre que enseñes,
enseña también a dudar de lo que enseñes».

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

«Nunca fui consciente de cualquier otra opción
que no fuera la de cuestionarlo todo».

NOAM CHOMSKY

«La duda es el principio de la sabiduría».

ARISTÓTELES

«**D**esconozco el tiempo que me queda por vivir, pero puedo asegurar que me da igual lo que hayan dicho o lo que vayan a decir sobre mí. Nunca he pretendido ser el foco de atención y voy a seguir así hasta el final». Habla Carmen Franco Polo desde el salón de su casa en Hermanos Bécquer, en Madrid. Ha preferido que mi imaginación no supla la verdad, su verdad, y me ha abierto las puertas de su casa y de su pasado. Es la primera vez que desvela sus recuerdos cotidianos, al margen de la política y de la figura de su padre, Francisco Franco. Le hablo sobre la dictadura, Carmen y no parpadea, contesta sin ambages. Vivió siempre entre adultos, jamás asistió al colegio ni a la universidad. Su vida se forjó entre las paredes de los distintos cuarteles y palacios en los que vivió. La educación francesa se debió a sus dos institutrices. Salió del palacio de El Pardo para casarse con un aristócrata, el marqués de Villaverde, con quien tuvo siete hijos. Aunque ha sido muy explícita, en las distintas conversaciones que hemos mantenido, sobre el que fue su marido y sobre lo que piensa de sus hijos y de sus matrimonios, practica eso de «vive y deja vivir». No fue realmente libre hasta que se quedó viuda de Cristóbal Martínez Bordiú. Primero se sometió a la voluntad de sus padres, después a la de su marido. Hoy se siente libre y hace lo que quiere sin dar explicaciones a nadie. Ha sabido adaptarse a los nuevos tiempos y ha pasado, sin solución de continuidad, de ser la hija del Generalísimo a ser la hija del dictador. Fue guardiana del testamento y de la última voluntad de Franco. La vida le ha permitido convivir con personalidades de la talla de John Fitzgerald Kennedy o

Eva Perón, entre otros muchos. También me ha hecho partícipe del cambio que supuso para los Martínez-Bordiú Franco la llegada de la democracia y, sobre todo, de los líderes de la UCD, quienes les dejaron patente que cualquier parecido con el pasado era pura coincidencia. Dice que su vida fue «más tranquila» con el Gobierno de Felipe González que con el de Adolfo Suárez, con el que llegaron a sentirse perseguidos. Esta es la novela de su vida, construida desde su relato, desde sus vivencias. Primero con los ojos de una niña y, finalmente, con los ojos de una mujer que no tiene miedo a la vida y tampoco a la muerte. Esta es su historia...

PRIMERA
PARTE

1

LA HUIDA

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA, JULIO DE 1936

Vi a mis padres despedirse en el hotel. Nosotras íbamos al puerto de Las Palmas y mi padre a un aeródromo pequeñito a coger el Dragon Rapide. Puede que esa despedida tuviera una especial trascendencia, pero yo no me enteraba de nada.

—**N**o te quedes atrás. Nenuca, tienes que andar más rápido. No podemos perder el barco...

—¿Adónde vamos? ¿Pasa algo? —preguntó la niña de nueve años, que vestía un traje blanco con unos zapatos del mismo color y unos calcetines a juego.

—No preguntes. Simplemente obedece —replicó Carmen Polo, su madre, quien seguía a buen ritmo los pasos de Franco Salgado-Araujo, ayudante y primo de su marido. Habían sacado dos billetes con destino al puerto de El Havre, un par de horas antes. Embarcarían en un guardacostas, el *Uad Arcila*, donde iban a pasar la noche. El buque alemán *Waldi*, que les llevaría hasta Francia, estaba fondeado mar adentro, cerca del puerto de Las Palmas. No partiría hasta la mañana siguiente.

Aquel 17 de julio de 1936 el calor era asfixiante y el ambiente en el puerto estaba enrarecido. Había un ir y venir de personas que embarcaban precipitadamente en los distintos barcos allí atracados. Carmen Polo, muy delgada y

enjuta de cara, seria, tiraba de la mano de su hija para que corriera. Se había despedido de su marido minutos antes y sabía a ciencia cierta que podía ser la última vez que le viera con vida. Esa mirada la había visto otras veces y siempre como antesala de algún cometido ciertamente peligroso. Como esposa de militar, sabía a la perfección qué significado tenía que su marido se sumara a la rebelión contra sus propios mandos. El asesinato de Calvo Sotelo, el 13 de julio, le empujó a sumarse al Movimiento y a tomar las armas. Hasta ese momento no había dado su conformidad al general Mola.

Ante la mirada de todo el mundo en la comandancia militar de las islas Canarias, Franco se había trasladado desde el cuartel general de Tenerife —donde se encontraba vigilado por los agentes de la República— a Las Palmas, junto a su mujer y a su hija, el día 16, nada más tener conocimiento de la muerte del comandante militar de Las Palmas, Amadeo Balmes, un general experto en armas que se había disparado fortuitamente en el vientre mientras revisaba una pistola encasquillada. Fue una herida que le causó la muerte de forma instantánea. En Las Palmas no se hablaba de otra cosa. Algunos incluso ponían en duda que hubiera sido una muerte accidental. Todo era un ir y venir de bulos y certezas. La versión oficial determinó que se le disparó el arma mientras la revisaba. ¿Cómo podía haber cometido semejante error de principiante? La pregunta flotaba en el aire y la duda estuvo presente durante todas las exequias.

En aquel ambiente tan crispado se llevaron a la niña con ellos. «Nos va a acompañar para que no pase su santo sola», explicó su madre al servicio. *Mademoiselle* Labord, la institutriz, se quedó en Tenerife, completamente ajena a lo que se estaba fraguando. En un momento determinado, llegó a señalar en voz alta que «un entierro y un funeral no era un lugar adecuado para una niña», pero los Franco ignoraron el comentario y Nenuca les acompañó. No llevaron

más que una maleta ligera, como para pasar un par de días fuera de casa.

Franco Salgado-Araujo, justo al llegar al muelle, se despidió de las dos. Tenía prisa por irse de allí y no se entretuvo. Carmen sabía el significado de su mirada.

—Te dejo con Lorenzo Martínez Fuset, haz cuanto te diga. ¡Confía en él! Debo ir junto a Paco. Bueno, ya sabes... —Hizo un silencio que los dos comprendieron sin necesidad de palabras—. Le prometí a tu marido traeros hasta aquí y ya os dejo en buenas manos. Toma tu pasaporte. Habla con la niña para que no diga, bajo ningún concepto, que su padre se llama Francisco Franco. ¿Me entiendes?

—Sí, perfectamente.

—Solo aparece tu nombre y el nuevo nombre de tu hija. No os fieis de nadie. Sabes que el enemigo secuestra familiares para hacerse con la voluntad de sus rivales. Por suerte, prácticamente no hay fotos tuyas junto a él y nadie te pone cara. Pero la niña debe callar el nombre de su padre.

—Descuida. Hará lo que yo le diga. Gracias... —Carmen Polo no hizo ningún comentario más. Volvió a coger a su hija de la mano y le pidió al comandante jurídico y notario, Martínez Fuset, que se diera prisa—. No perdamos ni un minuto más. Debemos subirnos a ese barco cuanto antes.

Durante el recorrido no hablaron, tan solo se oían las respiraciones y sus pisadas presurosas. Carmen recordaba cómo la noche anterior, mientras cenaban en un restaurante de la plaza de San Telmo, le había dicho a su hija que escogiera un nombre de pila y esta le contestó: Teresa. Desde el momento que entrara en el barco ya no sería Nenuca, sino que debería responder por el nuevo nombre.

Majestuoso, apareció el *Uad Arcila*, el guardacostas militar que las llevaría al barco alemán. Nenuca abrió los ojos más que nunca ante lo que le parecía un coloso, un gigante de metal.

—Un momento —las frenó el servicial Martínez Fuset—. Todavía no suban al barco. Antes debo hablar con el comandante. ¡Quédense aquí! ¡No se muevan!

Carmen parecía tranquila, pero por dentro casi no podía respirar. Sabía que estaba en juego su seguridad y la de su hija. Se preguntaba si nunca podría tener una vida que no fuera de nómada y con peligros que no sabía eludir. Por fin, regresó del barco Martínez Fuset; desde lejos parecía todavía más espigado y delgado de lo que ya era.

—Pueden subir. El comandante del barco sí sabe su identidad. Está al corriente de lo que se está preparando y se ha posicionado de nuestro lado. Bien distinto es lo que piensa la marinería. Por eso, ustedes nada tienen que ver con Franco, ¿me entienden?

—A la perfección.

—Pues, a partir de este momento, son madre e hija que van a pasar unos días de descanso a Francia para visitar a un familiar. No den más explicaciones, porque cualquier dato de más las puede poner en peligro.

Carmen y Nenuca subieron a bordo. Un oficial las esperaba en cubierta con su equipaje. Lo siguieron hasta que llegaron a uno de los camarotes. Había dos literas y un pequeño lavabo. Ya no saldrían de allí hasta el día siguiente, cuando estuvieran frente al barco alemán.

—Desde este momento eres Teresa. No lo olvides. Y tu padre no se llama Francisco Franco. ¿Cómo quieres que se llame? —preguntó Carmen.

—Salvador. Sí, quiero que se llame Salvador.

—Pues acuérdate. Teresa es tu nuevo nombre y tu padre se llama Salvador.

—Pero eso es una mentira y me has enseñado que no debo decir mentiras.

—Hay mentiras piadosas. Esta es una de ellas. Van tu suerte y la mía en que nadie sepa que tu padre es Francisco Franco.

—¿Es que papá ha hecho algo malo?

—¡Calla y obedece! —Carmen sabía a qué se exponía su marido. Era esposa de militar y no cumplir el juramento dado y sublevarse contra sus mandos tenía consecuencias gravísimas. Si todo salía mal, lo pagaría con la muerte.

Carmen comenzó a rezar el rosario con su hija y no hizo otra cosa hasta que un marinero les trajo algo de comida.

—¿Por qué no salen un poco a cubierta? —las animó.

—No, muchas gracias. Ya es muy tarde y estamos muy cansadas.

—¿Y su marido? —preguntó, al imaginarse que la mujer y la niña huían de algo.

—Se reunirá con nosotras en unos días. Vamos a Francia, a ver a un familiar.

—¿Es militar? —siguió insistiendo mientras dejaba una bandeja con algo de comida.

—No, es ingeniero de minas.

—Y tú, niña, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Teresa —contestó mirando a su madre de reojo.

—Eres muy mona...

—Soy corrientita... —replicó Nenuca como en resorte. Era una frase que le habían enseñado frente a las adulaciones.

—Bueno, mi hija está muy cansada. Le agradezco que nos haya traído algo de comer —Carmen cortó la conversación. No se sentía cómoda con el marinero. Hasta que no cerró el pestillo del camarote no respiró aliviada.

Oyeron muchas voces durante toda la noche. Sin pegar ojo, Carmen estuvo pendiente del movimiento que se oía en el barco. Hasta el amanecer no volvió la calma al *Uad Arcila*. El sueño la venció. Horas después supo que habían corrido verdadero peligro. La marinería se había levantado contra sus oficiales y el conato de sublevación no se sofocó hasta que se detuvo a uno de los maquinistas y a dos auxiliares que capitaneaban el motín. Un oficial les contó lo ocurrido.

—Señora, me dice el comandante que la informe de que en una hora estén preparadas. Las llevaremos entonces hasta el *Waldi*.

—Muchas gracias.

Nenuca habló bajito a su madre.

—Mamá, ¿adónde nos llevan?

—A otro barco mucho más grande donde estaremos más seguras.

—¿Ahí podré decir mi nombre de verdad?

—Teresa, por favor... No digas tonterías.

Su madre le hizo un gesto llevándose el dedo a la boca para que se mantuviera en silencio. La niña obedeció, muerta de miedo. No entendía nada de lo que estaba pasando, pero intuía que corrían peligro.

—¿*Mademoiselle* Labord estará con nosotras? —se atrevió a preguntar.

—No, deberás olvidarte de ella. ¿Me oyes?

—*Pour quoi?* —replicó en francés, el idioma que le había enseñado la institutriz con la que llevaba seis años de su corta vida; ahora tenía nueve. A la niña le gustaba hablar en francés a todas horas.

—*Parce-que je le dis...* —replicó Carmen—. Hazte a la idea, porque no volverás a verla.

Nenuca se echó a llorar. La joven institutriz, bajita y con cara de luna, había formado parte de su vida desde que tenía uso de razón. La vestía, jugaba con ella, le daba de comer y hasta dormían juntas. La niña le había cogido verdadero cariño y la respetaba mucho. Sin embargo, Carmen había decidido prescindir de ella, y eso que venía avalada por la que había sido su institutriz toda la vida, *mademoiselle* Claverie. Pero corría el bulo fundamentado de que muchas institutrices extranjeras en realidad eran espías. Empezaron a no fiarse de ella al llegar a Canarias. A partir de ese momento, comenzó a hacer demasiadas preguntas y decidieron dejarla en Tenerife, ajena a todo lo que se estaba fraguando.

—No llores. No era conveniente para ti. Te buscaré a otra que incluso será mejor.

—No, yo quería a *mademoiselle* Labord...

La niña no había ido al colegio. Desde que llegó la República, su única escuela había sido la institutriz francesa, que no solo la enseñó un nuevo idioma sino que la había instruido en buenos modales, en juegos, en dibujar con cierta maestría, a no hacer ruido, a no molestar a los mayores, a comer con la boca cerrada, a no hablar hasta que no le preguntaran y hasta a rezar en francés.

—*Je viens d'acheter un béret rouge... je viens d'acheter un béret rouge...*

—Ne... Teresa... Sé que la querías mucho y que te enseñó a hablar perfectamente francés con esas frases que ella inventaba para ti, pero ahora es mejor que no esté a tu lado. Hazme caso. —Abrazó a su hija y se calmó.

Alguien llamó insistentemente a la puerta con los nudillos.

—¡Señora! Ya llegó el momento de desembarcar... — anunció el oficial al otro lado de la puerta del camarote.

Carmen abrió el pestillo y cogió a la niña de una mano y con la otra sujetó el equipaje.

—Permítame, señora. —El oficial se hizo cargo de la pequeña maleta donde llevaban lo imprescindible para huir.

El mar se hallaba en calma. Quizá era lo único que estaba en calma aquella mañana del 18 de julio. El comandante se despidió de ellas y varios oficiales las ayudaron a bajar a una lancha que las llevaría hasta el *Waldi*, que se encontraba fondeado a pocos metros de allí. Carmen se sintió mareada en un primer momento, pero la certeza de salir del país alivió su inicial sensación de vértigo y náuseas. Al subir al barco alemán las dos se quedaron sin palabras. Tu vieron la impresión de ser dos gotas de agua en mitad de un océano. Aquello parecía una ciudad flotante de acero. Era un buque enorme con pasajeros que venían de la costa